

La palabra de Dios y los místicos.
Cómo influyó la Palabra en Sta. Teresa de Jesús, San Juan
de la Cruz, Sta. Teresa de Lisieux y Sta. Teresa Benedicta
de la Cruz (Edith Stein).
Sugerencias para nuestra vida espiritual
en tiempos de crisis

Lcdo. José Manuel Santiago Melián
Profesor del ISTIC. Sede Gran Canaria

Introducción

Un gran teólogo del siglo XX, Karl Rahner (1904-1984), dijo que el cristiano del siglo XXI tendría que ser un místico, o si no, no sería nada. Por eso veía necesaria una **mistagogía** o iniciación a la experiencia religiosa que permita de verdad “**experimentar a Dios**”, es decir, garantizar una **relación personal e inmediata con Dios**. En este sentido, el mistagogo procura transmitir, no la propia experiencia, sino gracias a la propia experiencia, el misterio de Dios personal y gratuito, que se revela libremente a quien le busca. Rahner insistía en el valor de la **mística de lo cotidiano** y, en ese sentido, consideraba el cristianismo como una religión mística (y no, precisamente, una religión moral). Sólo así se puede afrontar una fe “en tiempos de invierno”, expresión que usaba en sus últimos años de vida –o sea, hacia finales de los años setenta y principios de los ochenta del pasado siglo– a una situación novedosa y, en cierto modo, complicada, como a contracorriente, para el testimonio de los creyentes en Cristo.

Karl Rahner afirmaba rotundamente la incomprendibilidad del Misterio de Dios como telón de fondo de todo lo que podamos pensar, decir y conocer sobre Dios. El Misterio Santo no es ningún “objeto” que esté al alcance de las

facultades humanas de la misma forma como lo están las demás realidades, por lo que es necesario pensar la experiencia de Dios en términos enteramente originales. Desde esa radical insistencia en la incomprensibilidad del Misterio, Rahner recalca que es posible experimentar a Dios en medio de la vida, en la “mística de la cotidianidad”, que se convierte así en la forma por excelencia de la experiencia de Dios. Encontramos algunos textos en lo que se refiere a ella, como el siguiente:

“¿Podemos tener en esta vida una experiencia de la gracia de Dios? ¿Dónde está la auténtica experiencia del Espíritu? De todo esto sólo se puede hablar tímidamente y aludiendo tal vez a casos en que es posible vislumbrar una experiencia espiritual de Dios. ¿Hemos callado en momentos en que hubiéramos querido defendernos de un trato injusto? ¿Hemos perdonado aun sin recibir recompensa ninguna por ello, y aun cuando nuestro callado perdón fuera aceptado como algo perfectamente natural? ¿Hemos hecho algún sacrificio sin que nuestro gesto haya merecido agradecimiento ni reconocimiento, incluso sin que hayamos sentido una satisfacción interior? ¿Nos hemos decidido en alguna ocasión a hacer algo siguiendo exclusivamente la voz de la conciencia, sabiendo que debíamos responder solos de nuestra decisión sin poder explicársela a nadie? ¿Hemos tratado alguna vez de actuar puramente por amor a Dios, cuando no nos arrebatava ningún entusiasmo, cuando nuestra acción parecía un salto en el vacío y que casi resultaba absurda? ¿Tuvimos algún gesto amable para alguien sin esperar la respuesta del agradecimiento, sin sentir siquiera la satisfacción interior de ser “desinteresados”? Si encontramos tales experiencias en nuestra vida, es que hemos tenido la experiencia de Dios, la experiencia del Eterno”¹.

Como puede comprobarse, los ejemplos descritos son experiencias en las que el sujeto siente su propia finitud y, al mismo tiempo, una cierta superación de esa finitud. En efecto, gracias a un “trascendimiento efectivo” de la misma, entra en contacto efectivo con la infinitud en la que el propio ser finito habita.

1 Texto citado por Juan Martín Velasco en “Hacia una fenomenología de la experiencia de Dios”, en Pascual Cebollada (ed.), *Experiencia y misterio de Dios. Congreso Internacional en el 25 aniversario del Instituto Universitario de Espiritualidad de la Universidad Pontificia Comillas (Madrid, 24-27 de octubre de 2007)*, San Pablo – Universidad Pontificia Comillas, Madrid, 2009, pp. 97s. Encontramos otra formulación semejante de estos ejemplos cotidianos de vivencia espiritual en Karl Rahner, *Experiencia del Espíritu*, Narcea, Madrid, 1978, pp. 47-53.

Esas vivencias de generosidad, de perdón, de confianza más allá de lo “natural”, son experiencias límite, referidas a algo presente en nosotros y de lo que no disponemos; experiencias de un más allá en cuyo horizonte nos descubrimos limitados y, al mismo tiempo, acogidos.

Sin perder de vista este horizonte, esta perspectiva que la profunda aportación de Rahner nos ofrece, nos centramos en cómo cuatro grandes creyentes –tres místicas y un místico carmelitas- experimentaron la fuerza y la luz de la Palabra de Dios en sus vidas. Sus testimonios nos resultan iluminadores en medio de nuestro camino vital, de modo que nos pueden ayudar a vivir una “mística de lo cotidiano”.

1. Santa Teresa de Jesús y la Sagrada Escritura

Una de las razones de la riqueza y actualidad de la espiritualidad de Santa Teresa de Jesús es su profundo talante bíblico. Son innumerables las citas explícitas que hace de la Biblia, las constantes alusiones a la Escritura, las llamativas intuiciones hermenéuticas con que se acerca a los textos y el sugestivo uso que hace de los pasajes y de los personajes bíblicos para explicar actitudes de vida o para iluminar sus propias experiencias espirituales. Es doblemente sorprendente el lugar que ocupa la Biblia en la vida y la doctrina de Santa Teresa cuando la enmarcamos en su tiempo. Ella no tuvo la oportunidad de realizar un estudio profundo de la Biblia y ni siquiera la conoció íntegramente. Su condición de mujer en aquella época era una limitación muy grande. Era –como ella misma se calificaba– una mujer sin letras. No realiza labor de teólogo cuando escribe, sino que sencillamente narra la historia que Dios va tejiendo en su propia vida y desde allí intuye unos caminos y unos criterios luminosos y válidos también para otros. Y aun cuando lo hace magistralmente, en más de una ocasión manifiesta su deseo de poder manejar categorías bíblicas nuevas que le permitan expresar mejor lo que siente su alma.

En Teresa de Jesús la Escritura es palabra viva. Se funde armoniosamente con su vida, como dos palabras pronunciadas por el mismo Dios. Con naturalidad constata que lo narrado en la Biblia “me parece lo veo al pie de la letra en mí”. Con gozo exclama que la lectura de los textos bíblicos “me aprovechó mucho”, “me consoló mucho”, “me ponía esfuerzo”. Biblia y vida aparecen en Teresa como dos ríos que brotan de la misma fuente divina. Dios mismo fue

para ella “el libro verdadero adonde he visto las verdades”. La Biblia es también una luz que ilumina su experiencia de fe y su proceso espiritual. No quiere apartarse ni un “tantico” de lo que dice la Biblia, en donde se le ha revelado la Verdad de Dios. Quisiera conocer más de la Biblia “para dar a entender” el camino espiritual. Se acerca a la Biblia para entender su vida y desde su vida entiende la Biblia. Sus intuiciones hermenéuticas son sorprendentes, sobre todo si pensamos en el momento histórico que vivió. Como fruto de su experiencia mística, de su vida profundamente arraigada en la verdad, de su maravilloso sentido común y de su gran amor a la Iglesia, nos ofrece una serie de normas de lectura de la Biblia que coinciden en mucho con las reconocidas por la Iglesia en el Vaticano II.

Santa Teresa de Jesús es un verdadero testigo de la fuerza y de la luz de la Sagrada Escritura. Una mujer, hija de su tiempo, que sufrió muchas veces la ausencia de la Biblia. Pero que por su amor a la Palabra de Dios no se dejó condicionar por el momento histórico que vivió, ni por las estructuras eclesíásticas de su época. Teresa nos ha dejado el testimonio de una existencia iluminada y explicada por la Palabra de Dios.

Palabra de Dios y buena compañía: su primer contacto con la Biblia

El primer testimonio de Teresa sobre su contacto con la Biblia lo encontramos en el libro de la Vida. Nos referimos en primer lugar a su amistad allá por 1535, cuando tenía 20 años, con una monja agustina, María de Briceño, entonces Maestra de las “señoras doncellas de piso” en el convento de Nuestra Señora de la Gracia adonde había sido enviada la joven Teresa por su padre con fines educativos. Y en segundo lugar nos referimos al encuentro en Hortigosa con su tío Don Pedro, hombre espiritual y virtuoso. En la vida de la joven Teresa ambas experiencias están marcadas por el encuentro con la Palabra de Dios en el contexto de una relación amistosa. Esto no es sorprendente en el camino espiritual de la santa. Sabemos que fue una mujer de profundas relaciones de amistad y que este rasgo de su personalidad marcó hondamente su espiritualidad. Lo más interesante de estos dos textos es que nos muestran cómo la Palabra de Dios se vuelve luz y vida para ella en contextos de amistad y comunión.

Como en muchas otras ocasiones, su propia experiencia se transforma en doctrina espiritual con validez universal. En *Camino de Perfección* insistirá

sobre la importancia del contexto de amistad y de fraternidad como condición para acoger las palabras de Dios. Una “buena palabra” dispone para que “quepan” las palabras de Dios. Así fue su primer contacto con la Biblia. La Palabra de Dios leída y oída se volvió en ella consuelo y luz gracias a la amistad y a la comunión en que la recibió.

La Palabra de la Verdad. El descubrimiento místico de la Biblia

Como casi todo en la vida de Teresa de Jesús, también su experiencia de la Biblia se comprende en toda su profundidad a partir de su vivencia mística. Es precisamente a partir de una experiencia mística que Teresa inicia un nuevo camino en su relación con la Escritura, un camino hecho de ardiente deseo, de búsqueda constante, de amor profundo hacia la Palabra de Dios. Nos referimos especialmente a la gracia mística narrada por Teresa al final del libro de la *Vida* en el capítulo 40. La gracia de la que habla Teresa en este capítulo tiene por objeto a Dios como Verdad. Esta experiencia de la Verdad que es Dios, en un segundo momento se extiende a todo lo creado. Es verdad lo que se conforma y ordena con la Verdad que es Dios, y es mentira lo que se opone y se aparta de Él. Lo sorprendente de esta experiencia mística es que finalmente todo aterriza en la Sagrada Escritura, como el lugar natural en el que se encuentra esa Verdad que a Teresa se le ha revelado místicamente. Esta ‘merced’ con que abre el último capítulo de *Vida* es una auténtica ‘visión’ de la Biblia. Dios es la Verdad. Verdad vertida en la Escritura, en ella contenida. Dios-Verdad-Escritura. La Verdad que místicamente percibe Teresa está en la Biblia. Esa Verdad es la Biblia.

A partir de allí “el andar en verdad delante de la misma Verdad” se traduce en la vida de Teresa en esta determinación: “quedé de una suerte que tampoco sé decir, con grandísima fortaleza, y muy de veras para cumplir con todas mis fuerzas la más pequeña parte de la Escritura divina”. De esta forma Santa Teresa llega a comprender místicamente el valor y el misterio de la Sagrada Escritura. Se le descubre su valor normativo en una profunda experiencia mística. La autoridad de la Biblia no le llega por la fuerza o por la imposición, ni se le descubre por los caminos teóricos de la teología, sino a través de una honda experiencia personal de fe. En ella está la Verdad de Dios y, por tanto, es norma de vida. A ella hay que conformarse y obedecer para caminar “en verdad delante de la misma Verdad” que es Dios.

Una Palabra de amor. Comprensión vital de las palabras bíblicas

Teresa de Jesús no tiene una satisfactoria formación bíblica, ni conoce íntegramente la Escritura; sin embargo llega a comprender e interpretar la Palabra de Dios por otros caminos, que no son el de la explicación intelectual ni el del conocimiento académico. Muchos textos bíblicos, en efecto, se le vuelven luminosos para su vida revelándole un sentido que le ayuda a comprender su propia experiencia espiritual.

Esta es una de las experiencias más ricas de Teresa en relación a la Biblia. El Señor le lleva a la comprensión de su Palabra vitalmente ofreciéndole un sentido que va más allá de la letra y del pasado del texto y que muchas veces es novedoso en relación a las interpretaciones de la época. Un sentido que además está en íntima relación con la vida y que se revela como gracia y no como fruto del esfuerzo intelectual por descifrar los textos bíblicos. La Biblia no quedaba así encerrada en el pasado, sino que ella la experimentaba como Palabra viva para su propia vida.

Esta gracia se revela a los sencillos. A los que viven comprometidos con los caminos de Dios, a los que se acercan a su Palabra “no yendo con curiosidad”, sino con el deseo de conformarse con ella en todo. Por otra parte, Teresa se da cuenta del riesgo de leer la Biblia “tomada solo la letra” y del peligro de que la Palabra no diga nada a quien la lee. Si no hay sintonía con la Palabra aun cuando se lea la Biblia todos los días, sus palabras permanecerán como letra muerta. La Palabra de Dios, palabra de amor y de vida, palabra amistosa, no se desvela sino por vía de amor y de vida. Es decir, la Palabra de Dios la da a conocer Dios mismo a quienes son sus amigos, a los que están experimentados en su amor.

Una Palabra eficaz. La Palabra de Dios en la Escritura y en las “hablas místicas”

Hay múltiples ejemplos en los que Teresa experimenta la eficacia de la Palabra Bíblica. Durante su enfermedad en los primeros años de religiosa en la Encarnación su contacto con la Escritura fue determinante. En una ocasión cuenta esta experiencia: “Y estando en un oratorio, muy afligida, no sabiendo qué había de ser de mí, leí en un libro –que parece el Señor me lo puso en las manos– que decía San Pablo: que era Dios muy fiel, que nunca los que le amaban consentía ser del demonio engañados (cf. 1Cor 10,13). *Esto me consoló muy*

mucho". Basten estos ejemplos para darnos cuenta el efecto que producía la Palabra Bíblica en Santa Teresa: "me ponía esfuerzo", "me aprovechó mucho", "me es gran consuelo", "me consoló muy mucho". Todas son expresiones que indican que las palabras de la Biblia eran para ella algo más que un mensaje que se capta intelectualmente. Eran sobre palabras que se percibían con el corazón y que comunicaban nuevas fuerzas a la vida.

Una de las experiencias místicas más profundas de las que da testimonio Santa Teresa es el de las "locuciones" o "hablas místicas". Son auténticas palabras de Dios dirigidas personalmente a Teresa. Palabras que se le graban dentro y que se le revelan consoladoras y eficaces. Esta experiencia mística teresiana es la percepción de un Dios que habla al hombre en lo concreto de su propia vida. Una Palabra que resuena fuera de la Escritura pero que conduce a ella y con ella se ilumina mutuamente. Para muestra algunos ejemplos. Ante la indecisión de fundar en Palencia y Burgos y habiéndole pedido al Señor que "me diera luz para que en todo hiciese yo su voluntad", escuchó estas palabras, "a manera de reprensión": "¿Qué temes?, ¿cuándo te he yo faltado? El mismo que he sido, soy ahora; no dejes de hacer estas dos fundaciones". Y a continuación ella misma comenta: "¡Oh gran Dios!, ¡y cómo son diferentes vuestras palabras a las de los hombres! Así quedé determinada y animada, que todo el mundo no bastara a ponerme contradicción". En otra ocasión, llena de turbación interior, escucha estas palabras: "No hayas miedo, hija, que Yo soy y no te desampararé; no temas".

Ambas son Palabra *de Dios*. Y por eso Santa Teresa no duda en iluminar con la Palabra de la Biblia la Palabra que recibe místicamente, conjugando profundamente Escritura y vida. Y en otro lugar escribe: "De tal manera creo ser verdadera la revelación como no vaya contra lo que está en la Sagrada Escritura". Y más claramente aún en Moradas cuando se refiere a las "hablas" interiores afirma: "No penséis, aunque sean de Dios, seréis por eso mejores, que harto habló a los fariseos y todo el bien está en cómo se aprovechan de estas palabras; y ninguna que no vaya muy conforme a la Escritura hagáis más caso de ellas que si las oyeseis al mismo demonio".

Una Palabra iluminadora. Interpretar la vida con la Biblia

Para Teresa de Jesús la Biblia no es un fin en sí misma. Está toda ella orientada a entender e interpretar la propia experiencia espiritual. A Teresa la Biblia le ofrece sus palabras, sus personajes, sus imágenes, para entender y para dar a entender lo que está viviendo. Hace una verdadera lectura sapiencial con el fin de iluminar con la Palabra de Dios su existencia.

Santa Teresa después que ha conocido los textos, a través de la lectura o de los sermones, los recuerda cuidadosamente y llegado el momento los actualiza en su propia vida para iluminarla o para explicarla. En muchas otras ocasiones se sirve no del contenido de los textos sino de los personajes bíblicos. Los encontramos para ejemplificar un punto doctrinal o una actitud espiritual o para reflejar situaciones personales suyas. La Biblia le ofrece palabras y personajes para expresar y explicar su propia experiencia de Dios.

Finalmente habría que señalar un dato curioso que vendría a confirmar el interés de Teresa, no por la letra del texto en sí misma, sino de su contenido como luz para la propia vida. Muchas veces cita de memoria y con una cierta imprecisión. No tenía un ejemplar de la Biblia delante para confrontar la exactitud del texto, pero a pesar de eso capta lo esencial. Va más allá de la letra del texto, capta la verdad profunda de la palabra bíblica y la pone al servicio de la propia experiencia.

Por lo que se percibe de sus escritos, se ve que acude a la Biblia movida por el momento espiritual que vive. Son precisamente sus propias situaciones personales las que le harán preferir unos textos o unos personajes más que otros y los que le harán recordar algún texto que había antes leído u oído y que ahora lo comprende vitalmente. En síntesis, Santa Teresa de Jesús se acerca a la Biblia para entender su vida, su experiencia de Dios y su proceso espiritual y para explicarlo a otros. No se puede reducir su contacto con la Biblia a un simple alimento de devoción particular.

Una Palabra leída críticamente. El recurso a los letrados

Teresa de Jesús acude frecuentemente a los estudiosos para que le manifiesten el sentido de los textos bíblicos. Está convencida de que no debe haber contradicción entre la lectura espiritual que ella hace desde su vida y el sentido propio del texto. Ella no se satisface con su lectura bíblica. Por eso recurre a los

letrados, para que le den el sentido auténtico de la Palabra Bíblica. Le interesa porque confronta su propia lectura y porque puede discernir su propia experiencia con toda garantía.

Recurre a los letrados buscando la verdad de la Escritura. Constantemente demanda a los teólogos la palabra de la Biblia porque quiere conformarse en todo a la Escritura. Estaba decidida a que “por cualquier verdad de la Sagrada Escritura me pondría yo a morir mil muertes”. Los letrados además le ofrecen garantía de una lectura de la Biblia en comunión con la Iglesia. Teresa ama una espiritualidad sólida, fundada en la verdad y rechaza la postura de los que no quieren confrontar su experiencia espiritual con los letrados. Y esta misma actitud recomendará vivamente a sus monjas: “siempre os informad, hijas, de quien tenga letras, que en éstas hallaréis el camino de la perfección con discreción y verdad. Esto han menester mucho las preladadas, si quieren hacer bien su oficio, confesarse con letrado, y si no hará hartos borrones, pensando que es santidad, y aun procurar que sus monjas se confiesen con quien tenga letras”.

Teresa de Jesús nos recuerda una exigencia fundamental para la lectura de la Biblia. Se trata de confrontar siempre las conclusiones de nuestra lectura con los resultados de la exégesis, estar abiertos a una formación permanente en materia bíblica y no ignorar el aporte de la exégesis actual. Es cierto que no es todo ni lo más importante a la hora de comprender la Biblia, pero un diálogo fecundo con la exégesis nos puede librar de los peligros del fundamentalismo; de los engaños de interpretaciones piadosas pero ilusorias, y de las lecturas parcializadas del texto sagrado que nos hagan caer en un estéril espiritualismo o en una lectura excesivamente politizada de la Biblia.

2. La lectura contemplativa de la Biblia de S. Juan de la Cruz: en busca del Amado

San Juan de la Cruz era un hombre apasionado y, a la vez, contrario a todo sentimentalismo. Éste es un presupuesto fundamental para comprender su doctrina. Juan es aquel hombre habitado por una “llama de amor viva, que tiernamente hiere del alma en el más profundo centro”. Fue un hombre de oríge-

nes pobres, y siempre muy pobre, que buscó siempre y sólo a Dios. Su vida fue corta, pero muy intensa, movida por la urgencia del encuentro con el Amado del alma. Consiguió una sólida formación académica, pero dejó los estudios para entrar en la incipiente reforma del Carmelo teresiano. Teresa de Ávila detectó su personalidad especial, ideal para reformar la rama carmelitana masculina. Así le afectó la persecución dentro de su orden original, y fue encarcelado en Toledo. En esa terrible situación –de la que logró escapar después de varios meses– ya sólo buscaría a Dios. Sus libros poéticos y los comentarios a los mismos son un reflejo de esa enorme pasión de amor por Dios. Rechaza todo lo que no es Dios, y se deja purificar generosamente en el camino espiritual, rechazando todo engaño y falsedad. Por eso se puede afirmar que Juan de la Cruz es claramente actual. Cuatro siglos después, ilumina nuestra vida espiritual en estos tiempos de crisis al ofrecernos el **deseo de Dios** como perspectiva que merece ser considerada en nuestro diálogo con la cultura actual.

La **pasión de amor** es la clave de su asimilación contemplativa de la Biblia, en la que sigue, con gran libertad, los cánones interpretativos de su época. Para él la Biblia es el libro de las comunicaciones del Amado con la humanidad. Por eso la lee, la medita y la desmenuza con pasión, buscando siempre la presencia divina y el eco de las experiencias espirituales que él mismo ha conocido y que va descubriendo en ella. Cita con mucha frecuencia la Biblia. Sus escritos son comentarios a la Palabra de Dios. Además, descubre en la Biblia las etapas y los elementos del itinerario espiritual, asumiendo, por fe, la posibilidad de unas vivencias religiosas muy hondas, que ilumina desde la experiencia humana. Cree que Dios se esconde y se revela en la Palabra. Para él el hombre tiene una vocación divina: el ser hijo de Dios lo conduce a la divinización. Confiando en la Palabra del Amado, encuentra los detalles de este itinerario de gracia sobrenatural (las vías purgativa, iluminativa y unitiva, las dificultades y los enemigos de la vida espiritual, etc.). En suma, Juan de la Cruz es un apasionado de la Biblia porque es un apasionado de Dios, y en la Biblia busca siempre a Dios: la Biblia y la experiencia de Dios son los elementos indisolublemente unidos en su lectura contemplativa. Aunque la Sagrada Escritura es la base esencial de su doctrina, no busca en ella la literalidad, sino el Espíritu que la mueve.

El Cantar de los Cantares es el libro favorito de nuestro santo. Mediante la alegoría del amor entre el hombre y la mujer, el esposo y la esposa, revela mejor que otra imagen el amor del alma y Dios, así como de la humanidad con Dios. No es un amor intimista ni idealista o platónico, sino un **amor esponsal** que

dinamiza la historia de la salvación. En efecto, Dios –con su amor generoso y gratuito– busca a la esposa, la levanta de su miseria, la hace igual a sí y la lleva a su lado; por su parte, la esposa responde generosamente y sale en busca del Amado. Así pues, Juan de la Cruz revivió el Cantar, lo actualizó y lo devolvió al seno de la Iglesia (que tenía miedo de que llegase al pueblo). Conectando con el Espíritu que mueve la Palabra, se generó una bellísima poesía mística y una preciosa pedagogía espiritual.

Por otro lado, nuestro santo se sabía de memoria muchos textos bíblicos. Entre ellos destaca como preferido el capítulo 17 del Evangelio de San Juan, que a veces recitaba por los caminos cuando iba de viaje. Notemos que Jn 17 es el discurso final de despedida antes de la pasión y muerte de Jesús, su “oración sacerdotal”, la culminación de su testamento espiritual. En este capítulo aparecen las ideas que nuestro santo asumió profundamente y que constituyen el trasfondo de sus obras. El hombre queda invitado a unirse a Dios, a vivir en el amor de Dios, y recibir el don de la participación en la vida divina, el regalo de la unidad, que es huella de la vida intratrinitaria entre los hombres. Además, en Jn 17 encuentra Juan de la Cruz el mismo ambiente discipular que desea para transmitir la espiritualidad carmelitana: una **intimidad compartida donde Jesús revela a sus discípulos los misterios de la intimidad intra-divina**, en la que se les invita a participar.

En resumen, elabora los fundamentos de su doctrina mística sobre un entramado bíblico marcado por los elementos paulinos y los joánicos, además de por la simbólica sponsal del Cantar. Juan de la Cruz contempla toda la Revelación bíblica desde una visión cristológica: el Esposo divino toma la iniciativa amorosa hacia su Esposa, la humanidad. Esta revelación debe ser interpretada a la luz del Espíritu Santo, que subyace en la Escritura y que conduce hacia experiencias de amor y unidad con Dios y con los hermanos. Pero esta lectura no puede ser individualista o subjetiva, sino comunitaria. Como hemos dicho, la realiza dentro de una comunidad viva: el Carmelo teresiano. La Iglesia, con sus representantes, es la garantía de la **comunión eclesial**. Así pues, es necesaria la obediencia al “Espíritu Santo y su Iglesia”. La unión con Dios queda garantizada por la comunión con la Iglesia real. Por tanto, la Palabra conduce al encuentro y la unión con Cristo, donde se realiza nuestra plenitud humana con la filiación divina. La Escritura es el camino correcto, pero no en su literalidad sino en su espíritu. Para eso nos hace falta recurrir a la oración, progresar en la vida cristiana y obedecer a la Iglesia.

En conclusión, Juan de la Cruz amaba muchísimo el texto sagrado y lo leía asiduamente. **Abrir la Biblia no es encontrarse con un texto muerto, sino con las palabras del Amado que son espíritu y vida. Por eso se estremecía cuando leía y escuchaba la Biblia.** En *Llama de Amor viva* B 1, 5 se pregunta por qué siendo la palabra de Dios, objetivamente, en sí misma espíritu y vida (en la palabra que resuena de dentro, en la que es y habla Cristo), por qué no lo es, de hecho para tanta gente, sino que más bien no la apetecen o la rechazan o les resulta indiferente; y se responde: “esta palabra de Dios espíritu y vida la sienten como tal, como lo que es, “las almas que tienen oídos para oírla, que... son las almas limpias y enamoradas”, y añade: “que los que no tienen el paladar sano, sino que gustan otras cosas, no pueden gustar el espíritu y vida de ellas, antes les hacen sinsabor”. Ante este testimonio tan impresionante, nos preguntamos: ¿cómo estamos viviendo la lectura de la Palabra de Dios hoy en día?

3. Santa Teresa de Lisieux y la Biblia

Teresa de Lisieux vive en una época en que era difícil el acceso a la Biblia, los medios para conocerla muy limitados y las traducciones muy imperfectas. Superado el frío racionalismo que dominó los estudios bíblicos a partir del siglo XVII, en la época de Santa Teresita se desarrollaron, sobre todo en campo protestante y en muy reducidos círculos católicos, diversos métodos de análisis literario que dieron como fruto magníficos avances en crítica literaria y textual. Sin embargo la aceptación poco crítica del sistema filosófico y científico del momento (idealismo hegeliano, positivismo, historicismo...) llevó a una serie de hipótesis e interpretaciones interminables y finalmente a la inevitable separación entre exégesis y teología, que culminó en un alejamiento cada vez mayor de los exegetas con respecto a los teólogos y el pueblo cristiano. En la Iglesia Católica se vive con gran recelo todo este movimiento, rechazando todo método crítico de lectura de la Escritura. El P. Lagrange intenta compaginar crítica racional con visión católica de la Biblia en 1903, pero también sus intentos se ven frenados por la encíclica *Pascendi* de Pío X frente a la crisis modernista. Hay que esperar varios años para vivir en la Iglesia una posición menos cerrada y apologética. En este contexto histórico, marcado de recelos frente al estudio crítico de la Biblia y en el cual era cada vez más honda la separación entre Biblia y teología o Biblia y vida espiritual, vive Teresa de Lisieux una experiencia bíblica fuera de lo común: a través de la lectura y la meditación frecuente de

la Escritura descubre la voluntad de Dios en la vida y la Palabra de Dios se va convirtiendo en la primera fuente de su experiencia espiritual. Pocos años después de su muerte, los dominicos abrían en Jerusalén, auspiciado justamente por el gobierno francés, la *École Biblique*. Era el primer gran esfuerzo de la Iglesia Católica del siglo XX por llevar adelante un proyecto científico de estudio e investigación de arqueología y exégesis bíblica. Así otro de los anhelos de la santa se veía colmado: lo que ella hubiera querido realizar, ya era una realidad en la Iglesia Católica. Junto a las vocaciones de sacerdote, mártir, doctor, etc., Teresa había también querido ser exegeta bíblico, con toda la seriedad del caso.

Sin embargo, Teresa no fue una exegeta, en el sentido con el que este término se utiliza hoy en el ámbito de los estudios bíblicos. Pero sí una oyente privilegiada de la Palabra, gracias a la actitud espiritual con la que se ha acercado a ella. En Teresa se cumple la palabra de Jesús: las cosas ocultas a los sabios y prudentes han sido reveladas a los sencillos (Mt 11,25; Lc 10,21) y el Reino de Dios pertenece a aquellos que se asemejan a los niños (Mc 10,4). Es verdadera maestra de vida espiritual en la lectura de la Biblia para la comunidad cristiana. Puede ayudarnos a que el evangelio se transforme de libro escrito en libro de vida, de relato del pasado a evento que compromete y transforma hoy. Y esto porque nos enseña a sintonizar nuestra propia historia con la historia de Cristo. Ha sabido interpretar la Escritura con sabiduría, originalidad, fresca y sorprendente claridad.

1. Tres dimensiones de la Biblia. Santa Teresa del Niño Jesús ha puesto de manifiesto en su lectura bíblica, tres dimensiones de la Escritura: a) La Biblia es luz que nos permite conducirnos mejor por la vida; b) la Biblia es evento que se hace presente en nuestra vida; c) La Biblia es una fuerza que nos hace experimentar la presencia de Dios.

a) **La Biblia es luz**: Teresa se acerca al evangelio, a partir de las múltiples situaciones de la vida, con la certeza de encontrar siempre en él la luz necesaria: “Lo que me sustenta durante la oración, por encima de todo es el Evangelio. En él encuentro todo lo que necesita mi pobre alma. En él descubro de continuo nuevas luces y sentidos ocultos y misteriosos” (Ms A 83v)². Teresa no ha inventado el evangelio. El evangelio ya existía y siempre es el mismo. Lo que ella nos ha recordado es que el evangelio es todo. Que el evangelio basta. Por

² Ms A: Manuscrito autobiográfico dedicado a la Madre Inés de Jesús (1895).

otra parte, a medida que su vida espiritual va madurando y van apareciendo en el horizonte nuevas situaciones y exigencias, va descubriendo en el único evangelio, “nuevas luces y sentidos ocultos”, al ritmo de la vida. Nos confiesa: “Jesús me guía momento a momento y me inspira lo que debo decir o hacer”. Justo en el momento en que las necesito, descubro luces en las que hasta entonces no me había fijado” (Ms A 83v). Para nuestra santa la Biblia es luz, como afirma el Salmo 119,105: “tu palabra es lámpara en mi sendero, luz en mi camino”. En el evangelio descubre continuamente, “nuevas luces” (Ms A 83 v); en él encuentra un camino seguro para conocer y seguir a Jesús. Se imagina el evangelio en forma de “huellas luminosas” que iluminan la vida para saber hacia dónde correr (cf. Ms C 26v)³. La Biblia, para Teresa, es una luz tan fuerte que puede iluminar todas las dimensiones de la existencia cristiana: “Tomo en mis manos la Sagrada Escritura, entonces todo me parece luminoso, una sola palabra abre a mi alma horizontes infinitos” y sobre todo la Biblia le ilumina en algo de capital importancia, la posibilidad y la gratuidad de la santidad: “tomo en mis manos la Sagrada Escritura... y la perfección me parece fácil” (Cta. 226)⁴.

Para Teresa la vida es lo primero. Una determinada situación le evoca espontáneamente una escena evangélica o una expresión de Jesús. De esta forma Teresa capta el sentido de los acontecimientos y los interpreta a la luz de la Palabra de Dios. No se acerca a la Biblia partiendo del texto, sino de lo que ella está viviendo concretamente en ese momento. Quiere interpretar e iluminar la vida con la ayuda que le viene de la Biblia. Así adquiere una verdadera actitud contemplativa. Cuando busca su vocación, en medio de una lucha de grandes anhelos encontrados entre sí, busca la respuesta en una carta de San Pablo (Ms B 3r)⁵. Teresa busca siempre interpretar la vida, más que la Biblia. Por eso muchas veces la encontramos buscando textos apropiados que iluminen situaciones muy concretas. Recordemos algunos ejemplos. Escribe a Celina y le dice: “Tomando el evangelio, pedí a Jesús encontrar un pasaje para ti, y mira el que me salió...” (Cta. 143). Pocos meses antes de su muerte, consciente que en el convento hay hermanas que la juzgan con severidad, mientras otras la ven con benevolencia, desea saber lo que realmente Jesús piensa de ella y le vienen a la

3 Ms C: Manuscrito autobiográfico dedicado a la Madre María de Gonzaga (1897).

4 Cta.: Cartas de Sta. Teresa del Niño Jesús.

5 Ms B: Manuscrito autobiográfico dedicado a sor María del Sagrado Corazón (carta a sor María, 1896).

mente espontáneamente unas palabras del evangelio de san Juan: “Al volver a mi celda, me preguntaba qué pensaría Jesús de mí, y al instante me acordé de aquellas palabras que un día dirigió a la mujer adúltera: ‘¿Ninguno te ha condenado?’. Y yo, con lágrimas en los ojos, le contesté: ‘Ninguno, Señor...’” (Cta. 230). Teresa acude al evangelio y comprende lo que vive desde una nueva dimensión. Un método totalmente espontáneo, fundamentado en el dinamismo de la fe, de la esperanza y del amor, acercándose siempre el texto sagrado a partir de cuestiones vitales.

b) **La Biblia es evento presente:** Para Teresa el evangelio no es sólo historia pasada. Es también evento que se actualiza en su vida y en la de los demás. Contemplando a Jesús en el evangelio descubre que las situaciones que él vivió, sus palabras y sus sentimientos, se repiten misteriosamente en su propia historia. Detrás de esta intuición está su firme convicción que Jesús está presente en su vida y que todo lo suyo, lo que dijo y lo que hizo, no es solamente un recuerdo sino una realidad permanente que adquiere vida en la existencia de cada creyente. Su lectura del evangelio alcanza un punto culminante cuando, a través de su respuesta de fe, la historia de Jesús se hace presente en la suya, y las dos terminan por fundirse e identificarse. Basta pensar en muchas escenas del evangelio de san Juan, que para Teresa se hacen presentes en su vida. En realidad, toda la Biblia es evento presente para Teresita. Oigamos algunas confesiones suyas: “Ahora, como la flor fortalecida por la tormenta, levanto la cabeza y veo que en mí se hacen realidad las palabras del salmo 22: “El Señor es mi pastor, nada me falta...” ” (Ms A 3r). Refiriéndose a su relación con una hermana de la comunidad escribe: “se hacía realidad en nosotras [sor Marta y ella misma] aquel pasaje de la Sagrada Escritura: ‘Hermano ayudado por hermano es como una plaza fuerte’: Prov 18,19” (Ms C 21v). Pero Teresa va más allá todavía. Se apropia de las palabras mismas de Jesús, citándolas en primera persona, como cosa suya. Cita largamente el capítulo 17 del evangelio de Juan, como pronunciado por ella misma, con una libertad y una audacia sorprendentes, adaptándolo a su propia situación: salta versículos, los reordena, cambia palabras, etc. Después que lo ha escrito comenta: “Estoy asombrada de lo que acabo de escribir, pues no tenía intención de hacerlo. Ya que está escrito, habrá que dejarlo” (Ms C 35r). Ha escrito impulsada espontáneamente por el amor que le une a Jesús. Su audacia es la del niño que siente como suyo lo que pertenece a su padre, y por eso repite como propias sus palabras. La explicación nos la ofrece la misma santa: “¿Es tal vez una temeridad? No, no. Hace ya mucho tiempo que tú me has permitido

ser audaz contigo. Como el padre del hijo pródigo cuando hablaba con su hijo mayor, tú me dijiste: ‘Todo lo mío es tuyo’. Por tanto, tus palabras son mías, y yo puedo servirme de ellas para atraer sobre las almas que están unidas a mí las gracias del Padre celestial” (Ms C 34v; cf. Ms A 55v; Cta. 258). Teresa también arde con los mismos sentimientos de amor con los cuales ardió Jesús. Esto es manifiesto en sus comentarios a propósito de la sed de Jesús en la cruz (Jn 19,28) y del ruego de Jesús a la samaritana en Jn 4,7: “dame de beber”. En relación al primer caso, Teresa escribe: “Resonaba continuamente en mi corazón el grito de Jesús en la cruz: ‘Tengo sed’. Estas palabras encendían en mí un ardor desconocido y muy vivo... Querría dar de beber a mi Amado, y yo misma me sentía devorada por la sed de almas” (Ms A 45v; cf. Ms A 46v; PN 24,10)⁶.

c) **La Biblia es fuerza:** Para nuestra santa la Biblia tiene una tercera dimensión: es fuerza que nos hace experimentar a Dios. La Biblia no contiene solamente un mensaje que se capta con la razón. Es también fuerza, consolación, buena noticia, que se percibe con el corazón. En la Biblia se revela la presencia liberadora y consoladora de Dios. Esta convicción de fe es fuente de fortaleza y de consuelo en medio de las luchas de la vida. Teresa toma la Biblia, “pidiendo a Dios que me consolase, que él mismo me respondiera” (CA 21/26.5.11)⁷. Nos confiesa que el evangelio “la sustenta durante la oración” y que cuando se ve impotente la Sagrada Escritura “viene en mi ayuda” (Ms A 83v). Cuando descubre “el ascensor” en dos textos del Antiguo Testamento nos confiesa: “nunca palabras tan hermosas y melodiosas alegraron mi alma” (Ms C 3r); y cuando encuentra un texto en la primera carta a los corintios que colma sus deseos y responde a su búsqueda exclama: “Podía, por fin descansar” (Ms B 3v). La terminología usada por la santa nos ayuda a entender su experiencia de la fuerza de la Biblia. La Palabra la sustenta, le ayuda, le provoca gozo indecible, le ofrece descanso.

2. Un método sencillo para leer y orar con la Biblia. Teresa practica una forma muy sencilla de acercarse la Biblia: parte de la vida, se acerca directamente al texto, lo hace en actitud orante y encuentra finalmente una nueva luz que antes no tenía. Vamos a descubrir su forma de leer la Biblia a partir de un ejemplo concreto del Cuaderno Amarillo (CA 21/26.5.11). La situación inicial son unas palabras que M. Inés le dirige manifestándole su particular cariño y dicién-

6 PN: Poesías de Sta. Teresa del Niño Jesús.

7 CA: “Cuaderno Amarillo” de la Madre Inés de Jesús.

dole que todo en ella le gustaba. Estas palabras provocaron no poca confusión en Teresa: “Todo esto me emocionaba, pero el pensamiento de que tu amor te hacía ver lo que en realidad no existía me impedía gozar en plenitud”. Esta es la situación concreta. Desconcierto e incertidumbre. A partir de esta experiencia, Teresa se acerca al Evangelio: “Entonces tomé en mis manos el Evangelio”. Este es el segundo momento: el contacto directo con el texto bíblico a partir de una experiencia de vida. Pero Teresa matiza un tercer elemento de su lectura: “pidiendo a Dios que me consolase, que él mismo me respondiera...”. Teresa lee la Biblia orando. Nos recuerda que poder escuchar a Dios no depende de nosotros, sino solamente de él, de su decisión gratuita y soberana de entrar en contacto con nosotros y hacer posible que escuchemos su voz. Sin la gracia del Espíritu la Biblia es un libro sellado. Después de orar, los ojos de Teresa se posan en un pasaje “que nunca antes me había llamado la atención y entonces derramé lágrimas de alegría”. Había encontrado la respuesta (Jn 3,34): “el que Dios envió habla las palabras de Dios...”. Ella comprende que M. Inés le ha sido enviada por Dios y que está diciendo la verdad. Por tanto tres momentos: *experiencia de vida, contacto directo con el texto, oración, y descubrimiento de una nueva luz.*

Son muchas las situaciones que empujan a Teresa a buscar luz en la Biblia. Bastaría una rápida hojeada de sus obras: incertidumbre, anhelos insatisfechos, oscuridad, experiencias nuevas, etc. Su contacto directo con la Biblia también lo confiesa en múltiples oportunidades. Sabe detenerse en el texto y leer atentamente. Bastaría pensar en su comentario al pasaje de Zaqueo (Cta. 137) en donde el verbo “bajar” le sirve de clave de lectura de todo el texto, o cuando habla del mandamiento nuevo del amor (Ms C 12r) su insistencia en el “como Jesús” que le da unidad a toda su lectura. Todo esto demuestra una fina capacidad de lectura y una atención particular a los detalles y términos más importantes del texto. Cuando toma el texto bíblico, “pide a Jesús encontrar un pasaje” apropiado para su situación o la de otros (Cta. 143), o bien, termina orando y dialogando con Jesús después de leer la Biblia, fundiendo su palabra de oración con la palabra bíblica (*cf.* Cta. 230) Vida, texto, oración y nueva luz. Pasos de una forma de lectura bíblica sencilla y personal. Primer paso: **escuchar la vida**; segundo paso: **tomar la Biblia y leer atentamente para encontrar luz y fuerza**; tercer paso: **hacerlo en oración, pidiendo la gracia de escuchar**; cuarto paso: **vivir la experiencia del cambio que produce la Palabra y seguir en forma obediente lo que Dios nos ha revelado en ella.**

4. Edith Stein y sus claves para escuchar la Palabra

Edith Stein (Sta. Teresa Benedicta de la Cruz, su nombre como religiosa) fue una mujer extraordinaria, con un amplio recorrido vital: nació en una familia judía, pero después fue atea durante bastantes años. Era una gran intelectual, discípula de Husserl. Destaca también como defensora de los derechos de la mujer. Se convirtió al catolicismo después de leer la *Vida* de Sta. Teresa de Jesús. Más tarde fue monja carmelita y continuó desarrollando su filosofía. Murió como víctima del nazismo en el campo de concentración de Auschwitz. Representa un puente entre el judaísmo y el cristianismo, entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, entre la cultura y la fe. Era una enamorada de la Biblia: “La señorita doctora Edith Stein... es un alma privilegiada, rica en amor de Dios y del prójimo, llena de espíritu de la Sagrada Escritura...” (Dr. Adolfo Donders, decano de la catedral de Münster y confesor suyo).

Edith Stein fue una apasionada buscadora de la Verdad, y lo consiguió gracias a la fenomenología, método propiciado por su maestro Husserl. Este método propone conocer la realidad en su esencia, en su ser verdadero, frente a una época marcada por el racionalismo, el criticismo y el relativismo, que habían limitado la posibilidad de acercarse a la realidad de otra forma que no fuese la ciencia positiva. En el ámbito de la fenomenología –su “lengua materna”– destaca el concepto de **empatía** (*‘Einfühlung’*). Es un acto del conocimiento donde se comprende al otro, se encuentra al otro en su situación personal. Yo percibo la vivencia del otro, haga mía su experiencia (mi vivencia de la suya) y percibo esa vivencia como mía. No es un conocimiento simplemente objetivo. La conciencia del sujeto constituye el objeto. Es una conciencia espiritual, y este presupuesto es el que prepara, teórica y experiencialmente, la apertura hacia la experiencia mística. La empatía no es simplemente alegrarse o entristecerse porque el otro está alegre o triste, sino poder vivir “su alegría” o “su tristeza” en él. Mediante la empatía los individuos son sobre todo y ante todo sujetos de experiencia capaces de entrar en comunión con otros sin perder su identidad; capaces de entrar en comunicación con otros traspasando los límites sensoriales. Empatizar significa alargar los horizontes de mi experiencia para llegar a los horizontes de la otra persona, salir del propio egoísmo para adentrarse en el mundo de la alteridad trascendente. La empatía es energía de unión con el otro, algo que supera el simple sentimiento de la simpatía. Es **apertura hacia el amor y la comunión**.

Mediante la empatía el creyente capta el amor de Dios, al igual que Él capta la vida humana. Es, pues, el fundamento de las relaciones personales y comunitarias con los otros y con Dios. La empatía exige no sólo usar la intuición, sino sobre todo desarrollar una gran dosis de “ascesis intelectual” para liberarse de los posibles prejuicios adquiridos; por tanto, una gran dosis de razonamiento objetivo, de apertura a lo diverso de mí y de mi experiencia, sabiendo que el mundo no se agota en lo que yo vivo y conozco. En este aspecto, según Edith Stein, los niños, los artistas y las mujeres son las personas más preparadas para ejercer la empatía. La mujer se orienta a lo persona-vivo y a la totalidad. Como madre procura proteger, nutrir, ayudar al crecimiento. No se detiene tanto en análisis teóricos como en contemplar y sentir lo concreto. Por eso la mujer posee naturalmente una mayor capacidad para hacer una **lectura empática de la Escritura**.

Para Stein el santo, el místico, tiene una capacidad empática muy desarrollada, que le conduce a poseer un sentido más claro y objetivo de la realidad, así como a percibir mejor las experiencias que se enmarcan en los relatos bíblicos. Esto se aprecia, por ejemplo, en san Juan de la Cruz. Leer empáticamente la Biblia significa adentrarse en los horizontes de la misma vida divina, que se ha ido encarnando en experiencias, acontecimientos y personajes, que la Escritura nos presenta. Practicando este método, Stein pudo entrar en la mente del salmista, de los Salmos. Descubría el “estado de ánimo” del salmista. Stein defiende una lectura cristológica de los salmos: Cristo es el objeto y el anhelo de todos los deseos y sentimientos manifestados por el salmista.

Por otro lado, el cristiano no se puede conformar con cumplir unos mandamientos, sino que debe seguir a Cristo, transformarse nuevamente en hijo de Dios: “Quien pertenece a Cristo, tiene que vivir toda la vida de Cristo. Tiene que alcanzar la madurez de Cristo y recorrer el camino de la Cruz hasta el Getsemaní y el Gólgota”. Se trata de **empatizar los sentimientos de Cristo**, lo cual nos invita a hacer Edith Stein sobre todo a partir de la oración sacerdotal (Jn 17). **Vivir los mismos sentimientos de Cristo** implica identificarse con su obra (“por todos los que Dios me ha dado: que ninguno de ellos se pierda”); identificarse con su opción vital (vivir desde los consejos evangélicos de pobreza, obediencia y castidad, cada uno según su condición); ver a Cristo en los más necesitados (como hizo, p. ej., Sta. Isabel de Hungría), y ver en Cristo a toda la humanidad (contemplar la Iglesia como el Cuerpo de Cristo, ayudando a Cristo a llevar la carga).

La configuración el crucificado es lo que mejor expresa, según Stein, la auténtica empatía con Cristo. Sólo quien se adentra en el misterio de la pasión y muerte, puede intuir lo que en realidad implica la obra de Cristo y puede prepararse a seguirle. Esto es ante todo obra y don de la gracia más que del esfuerzo humano. De hecho, sólo en parte puede el hombre llegar a percibir algo de los sentimientos que Cristo experimentó en su pasión. Stein procura desentrañar la configuración de Juan de la Cruz con el mensaje de la cruz. En este sentido habla de ciencia o **sabiduría de la cruz**, en el sentido de conocimiento que se transforma en vida. Uno de los caminos para captar ese mensaje en la Escritura es el de la empatía. Para que se produzca una auténtica configuración con el Crucificado, **es imprescindible experimentar lo que significa la Cruz**. La empatía conlleva asumir en la propia realidad lo empatizado: “El que quiera tomar parte en su vida debe como Él caminar a la muerte de cruz, crucificar como Él la propia naturaleza con una vida de mortificación y de negación de sí mismo y ofrecerse a la crucifixión en la Pasión y en la muerte como Dios quiere. Cuanto más perfecta sea esta crucifixión activa o pasiva, tanto más íntima será la unión con el Crucificado y tanto más rica la participación en su vida” (CC 40)⁸. Ciertamente, estas palabras adquirieron su tono más real y dramático cuando, algunos meses después de ser escritas, Edith Stein y su hermana Rosa –también carmelita descalza– fueron obligadas a salir del Carmelo de Echt (Holanda) y conducidas al campo de exterminio de Auschwitz, donde murieron gaseadas el 9 de agosto de 1942. Así, Edith Stein llevó a su pleno cumplimiento la llamada del Señor a ayudarle a cargar con la cruz que desde 1933 caía sobre el pueblo judío.

Con esta cita de la mártir Sta. Edith Stein concluimos esta presentación de cuatro grandes testigos de la fe y del amor de Dios que vivieron su consagración religiosa en la línea de la espiritualidad carmelitana. Sin duda, sus testimonios de búsqueda apasionada del Señor, de fraternidad heroica y de compromiso apostólico en y desde la vida contemplativa constituyen unos acicates para nuestra espiritualidad cotidiana en medio del mundo, en estos tiempos de crisis no sólo económica, sino moral y de sentido existencial.

⁸ CC: *La Ciencia de la Cruz* (año 1941, última obra de Edith Stein).